

LA GRAN GUERRA Y LA GRAN GRECIA: GALDÓS Y LAS UTOPIAS BÉLICAS DEL CONFLICTO QUE CAMBIÓ EL MUNDO

THE GREAT WAR AND GREAT GREECE: GALDÓS AND THE WAR UTOPIAS OF THE CONFLICT THAT CHANGED THE WORLD

Fabio García Saleh

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

RESUMEN

Este ensayo analiza tres artículos de Galdós sobre la Primera Guerra Mundial para señalar cómo la trama de *La razón de la sinrazón* es inseparable de dicho conflicto, porque Galdós esperaba que la Gran Guerra trajese la apocatástasis (restauración universal) poniendo fin al viejo orden, incluyendo la monarquía española.

PALABRAS CLAVE: Primera Guerra Mundial, *La razón de la sinrazón*, apocatástasis, república, mitología.

ABSTRACT

This essay analyzes three articles by Galdós on the First World War to point out how the plot of *La Razon de la sinrazón* is inseparable from that conflict, because Galdós hoped that the Great War would bring apocatastasis (universal restoration) putting an end to the old order, including the Spanish monarchy.

KEYWORDS: First World War, *La razón de la sinrazón*, apocatastasis, republic, mythology.

Galdós dictó *La razón de la sinrazón* entre enero y abril de 1915, cuando la Primera Guerra Mundial aún no había cumplido un año y la mayoría confiaba no sólo en que acabara pronto, sino la posguerra diera paso a otra sociedad, mejor que la prebélica.

Sabiendo que la Primera Guerra Mundial fue el germen de la segunda, semejante afirmación es una insensatez, pero no debemos olvidar que en aquel momento muchos soñaban que acabaría trayendo la paz universal, por lo que fue denominada «la guerra para terminar la guerra»¹.

Si bien sucedió todo lo contrario, no es menos cierto que no sólo supuso la desaparición de cuatro imperios reaccionarios —el alemán, el austrohúngaro, el ruso y el otomano—, algo que un ardiente aliadófilo y republicano a ultranza como Galdós ansiaba, sino la eliminación del caduco mundo decimonónico que representaban. Efectivamente, la Gran Guerra provocó el

¹ Frase acuñada por H. G. Wells en una serie de artículos que publicó en la prensa londinense apenas estallar la guerra, en los que responsabilizaba del inicio de las hostilidades a las Potencias Centrales, argumentando que únicamente la derrota alemana pondría fin al conflicto. Dichos artículos serían compilados ese mismo año en el libro *The war that will end war* y como él mismo señaló en *The fourth year* (1918), desde el segundo semestre de 1914, su frase se había popularizado hasta convertirse en uno de los eslóganes más comunes de la guerra, de hecho, Galdós lo emplea el 27 de abril de 1915 cuando escribe al director de *La petite Gironde* que esperaba la victoria de Francia y las naciones que junto a ella combatían «pour donner au monde une ère de paix desarmee» (Hernández Suárez 525).

colapso del viejo orden, no solo en los países beligerantes, sino en los que, como España, se mantuvieron neutrales:

Se ha resaltado repetidamente que España no entró en la Primera Guerra Mundial, pero que ésta sí que entró en España. En efecto, el conflicto iniciado en 1914 constituyó un punto de inflexión en la historia de Europa por su carácter devastador, que produjo una alteración generalizada de la economía, así como la desolación y el descontento social en todo el continente. Hasta aquel momento las élites gobernantes habían mantenido el control político a través de una variedad de sistemas liberales cuyo resultado era en realidad una manera de disfrazar el monopolio del poder que disfrutaban las clases sociales más acomodadas. España, como hemos visto, no era una excepción y los efectos sociales y políticos de la guerra representaron un factor decisivo en la crisis definitiva del sistema parlamentario tal como venía funcionando desde 1875. La escasez de alimentos, el dislocamiento económico, la miseria social, la precariedad y la inflación estimularon el despertar político y la militancia ideológica de las masas. Bajo estas condiciones, la modalidad clientelar y caciquil de la política española se descompuso. Tras la guerra ya no fue posible restaurar el viejo orden. (Suárez Cortina, 185)

Galdós escribe prácticamente lo mismo en este artículo publicado en *La Esfera* el doce de julio de 1915, que comienza afirmando que la Gran Guerra no sólo había alterado la economía, sino que al mismo tiempo había revelado a los españoles que su sistema político, además de absolutista, era anacrónico, iniciando un proceso de concienciación política que reclamaba su modernización:

El encadenamiento de estos horrores, cuyo fin sólo podemos imaginar lanzándonos a extravagantes conjeturas, ha producido en España los naturales efectos en el orden económico y social, y además otros efectos que podemos calificar de morbosos, calamidad desconocida en los demás países no beligerantes. Dijérase que un Genio maléfico se ha entretenido en aplicar al cuerpo de nuestra desdichada Nación los Rayos X, iluminando nuestras entrañas para dejarnos ver la ponzoña y las deformidades fisiológicas escondidas en nuestros tejidos, en nuestra sangre y en nuestro sistema nervioso. ¡Y nosotros, pobres ilusos de la presente y pasada generación, que creíamos haber progresado y ser ya un pueblo restablecido de los males que le afligieron en gran parte del siglo XIX! Pues no es así, Los Rayos X, que Dios confunda, nos dicen que aún llevamos dentro del cuerpo las dos guerras civiles, mejor será decir las tres, con la inaudita barbarie del fanatismo religioso en su forma más brutal, la exaltación del Rey Absoluto; el palo y el destierro como única razón de Estado. Los malditos Rayos X, permitiéndonos ver el latido de nuestros corazones, nos permiten también oír el odioso ruidillo de *vivan las caenas*.

Pues bien, señores míos; sobre estas monstruosidades que aún llevamos dentro, han ido pasando, en diferentes épocas, las constituciones, como pasan los productos farmacéuticos por un organismo enfermo, revolviendo los humores, sin lograr la curación completa. El hecho es que nos creíamos modernizados, y lo estamos, ciertamente en la ropa y el lenguaje, pero en lo de dentro todavía nos falta un poco, mucho tal vez. (Pesadilla sin fin, 35)

Entonces, como tantos intelectuales españoles, Galdós vio en la Primera Guerra Mundial el catalizador de la democratización (Suárez Cortina, 187) que finiquitaría el reino de la sinrazón descrito en *La razón de la sinrazón*, alegoría del reinado decimonónico de Alfonso XIII (García Saleh, *La razón de la sinrazón*).

Teniendo en cuenta que lo que liquida el sistema político imperante en ese trasunto de España que es la Farsalia-Nova de *La razón de la sinrazón* es un cataclismo, no es difícil

imaginar que Galdós esperase que otro, como la Primera Guerra Mundial, provocase el hundimiento del que predominaba en gran parte de Europa.

Galdós sabía que las numerosas crisis que arrastraba el sistema político de la Restauración acabarían haciéndolo perecer. Por lo tanto, es más que probable que confiase en la posibilidad de que al igual que sucede al final de *La razón de la sinrazón*, sobre las ruinas de la monarquía borbónica se estableciera un sistema mejor, que conociendo su condición de antimonárquico convencido, sólo podía tratarse de una república.

Una prueba de su exagerado optimismo respecto a los cambios que acarrearía la Gran Guerra es este otro artículo también publicado en *La Esfera*, el 25 de septiembre de 1915, es decir, pocos meses después de acabar de dictar *La razón de la sinrazón*, que nada tiene que envidiar a esa obra en su enfoque fantástico del conflicto:

¡Oh, los Dardanelos, Constantinopla, los turcos! Éste sí que es nudo. Por desatarlo se han promovido espantosas guerras en la Edad Moderna, y ahora la actual guerra lo ha de cortar, pese a quien pese². Próximo está el fin y acabamiento del Imperio Otomano en Europa. Los augures profesionales y los que lo son por diletantismo vaticinan este suceso; la fe de que antes hablamos lo asegura sin que de ello pueda quedar duda. A un tiempo se resolverán la cuestión de Oriente y la cuestión de Occidente³. Resucitará Bélgica; Alsacia y Lorena tornarán al hogar francés. Volviendo hacia Oriente pasamos por la gloriosa Italia, a la cual también aplicamos nuestro incondicional optimismo... En los Dardanelos está lo más duro de esta contienda titánica. ¡Y qué hermoso escenario, qué pintoresca variedad de perspectivas, qué gala de colores, qué deslumbrante luz en el cielo y en las aguas! Desde que Júpiter convertido en buey se echó a cuestras a la bella Europa para llevársela al Asia todo ese canal donde a la sazón combaten los aliados contra Turquía⁴ es como un resumen de los más sublimes hechos de la Historia del mundo. Al término de este pasaje resurge el ensueño de Constantinopla con su Cuerno de

² Referencia al nudo gordiano, que según la leyenda, permitiría conquistar Oriente a quien lograra desatarlo o como hizo Alejandro Magno, cortarlo, que es lo que propone Galdós.

³ La cuestión de Oriente es como se denominaba al conjunto de conflictos internacionales que la desintegración del Imperio otomano desencadenó entre las potencias europeas, que competían para repartirse sus despojos. Las que más se aprovecharon fueron el Imperio austrohúngaro y el ruso, cuyo expansionismo era inversamente proporcional a la reducción de su enemigo común. Pero como ambos imperios rivalizaban para aumentar su influencia en los Balcanes, la cuestión de Oriente iba unida al panslavismo, carta que jugaban los rusos para atacar a su rival austrohúngaro, presentándolo como el mayor enemigo de los eslavos meridionales, cuyas reivindicaciones nacionalistas apoyaban para debilitarlo. Como vemos al final de este artículo, Galdós conocía muy bien la inextricable relación que existía entre la cuestión de Oriente y el panslavismo, no en vano, la había señalado cuarenta y tres años antes cuando escribió un artículo en el que sarcásticamente se burlaba de la actitud del lector que creía firmemente en la Paz Armada recién creada, al caricaturizarlo mientras leía las noticias internacionales de la prensa de la época: «De fijo hará mil aspavientos para convencernos a todos de que, ni tarde, ni temprano, ni nunca, volverá la Europa a preocuparse de la que se llamaba *la cuestión de Oriente*, palabreja inventada para espantar a las mujeres y a los chicos; y se reirá de los que creen en la existencia del monstruoso y descomunal *panslavismo*, personaje legendario en quien algunos ven el nuevo azote de la culta Europa». (Shoemaker 64). Galdós acaba refiriéndose a la extendida tendencia a menospreciar el peligro que suponía el expansionismo ruso, contra el que advertían pensadores y políticos como Alberto Rodríguez de Lista y Aragón, Fermín Caballero, Andrés Borrego Moreno, Francisco Martínez de la Rosa, Emilio Castelar y Pi y Margall entre otros. De hecho, un año antes, en 1871, se había celebrado La Conferencia de Londres, organizada para tratar de aplacar la secular ambición rusa de arrebatarse el control del Mar Negro al Imperio Otomano.

⁴ Se trata de la batalla de Galípoli —que se inició en febrero de 1915 y se prolongaría hasta enero del año siguiente— en la que las tropas británicas, francesas, australianas y neozelandesas intentaron arrebatarse el control del estrecho de los Dardanelos a los otomanos.

Oro, su Santa Sofía, sus palacios en que habitan la voluptuosidad y el misterio⁵, su apretado caserío del cual se destacan, amenazando al cielo los afilados alminares⁶. ¡Felices los que vean a los soldados de Inglaterra, Francia e Italia entrar en esta incomparable ciudad llevando por delante la insignia del Cristianismo! Y la calamidad de la presente guerra será un mal venturoso si termina con el Éxodo del Islamismo hacia sus primitivos solares africanos y asiáticos.

Si lo que anuncia nuestra fe clarividente es pronto un hecho, ¿veremos un nuevo Imperio de Oriente cristiano y eslavo? ¿O veremos una Confederación helénico-balcánica regida por un soberano que debe llamarse Constantino como el hijo de Santa Elena? A estas interrogaciones la fe aparta de sus ojos la venda que los cubre y graciosamente me dice: «Hijo mío, ya sabes que yo no veo.

Mi oficio es creer a ciegas. Cree tú también, déjate llevar de la mano por mi hermanita la Esperanza, y con los ojos de ésta, que son ojos de lince. Verás lo que hubiere cuando llegue la feliz». (“La guerra europea, pesadilla sin fin”, 56-57)

Debemos recordar que Galdós planteaba estas preguntas cuando todavía era una incógnita qué orden geopolítico surgiría tras el conflicto. Así que con esos interrogantes estaba contrastando dos escenarios posibles: la realización del viejo sueño ruso de anexionarse Estambul⁷ frente al proyecto de establecer una confederación balcánica que aglutinase a todos los países europeos surgidos de la descomposición del Imperio otomano⁸ bajo el liderazgo del rey heleno en funciones, Constantino I, lo cual supondría la unión de todos sus súbditos en un solo estado, con lo que la Gran Guerra revertiría la larga decadencia del pueblo griego, reuniéndolos en una misma nación que, como no podría ser de otra forma, tendría como capital Constantinopla, usurpada por los otomanos desde 1453.

Sin embargo jamás contempla la posibilidad de que los griegos sean vencidos por los turcos, como efectivamente ocurrió, ya que el artículo comienza vaticinando el inminente fin del Imperio Otomano en Europa como algo previsto unánimemente. Cualquier lector actual podría pensar que estaba refiriéndose a aquella parte del Imperio Osmanlí situada en el viejo continente, la Tracia Oriental⁹, pero en realidad Galdós estaba señalando el fin de ese estado, que desde mediados del siglo XIX era considerado parte de Europa, ya que los otomanos no

⁵ Se refiere a los harenes, que poco después serían abolidos.

⁶ Como si fueran lanzas en vez de torres para la llamada a la oración.

⁷ A la que significativamente llama por su antiguo nombre de Constantinopla, otrora capital del Imperio romano de Oriente y de la Iglesia Ortodoxa, de los cuales el Imperio ruso se consideraba heredero político y espiritual. Por ello intentó conquistarla en más de diez ocasiones y a punto estuvo de lograrlo en dos de ellas —durante la guerra ruso-turca de 1828-1829 y la de 1877-1878—, pero prefirió no hacerlo. De haberse materializado en esta ocasión el viejo sueño de los zares, se habría creado un nuevo Imperio romano de Oriente pero como Galdós señala acertadamente, hubiera sido eslavo, no griego, porque los rusos hubiesen apoyado las reivindicaciones búlgaras sobre la Tracia occidental, fuertemente poblada por búlgaros, cedida por los otomanos en el Tratado de Bucarest (10 de agosto de 1913) y recuperada en el de Constantinopla (29 de septiembre de 1913). Si dos años después los búlgaros la hubiesen reconquistado, habrían imposibilitado cualquier reivindicación griega sobre la Tracia oriental al no haber continuidad geográfica entre ambos territorios, de modo que los rusos habrían tenido manos libres en una Estambul que los británicos estaban dispuestos a cederles.

⁸ Albania, Grecia, Bulgaria, Rumanía y los territorios que posteriormente formarían Yugoslavia.

⁹ Que sigue perteneciendo a Turquía.

sólo eran blancos, sino que llevaban décadas bajo un proceso de occidentalización que en gran medida los había europeizado.

A este respecto debo recordar la celeberrima conversación que el nueve de enero de 1853 mantuvieron el Zar Nicolás I y el embajador británico en Rusia, Sir Hamilton Seymour, quien denominó a la Sublime Puerta «el hombre enfermo de Europa» (Hanioglu 2008: 79) y no de esa Asia, de la que provenían y en la cual conservaban más territorios que en los Balcanes, lo cual demuestra hasta qué punto los otomanos ya eran considerados europeos desde mediados del XIX.

A ello debemos añadir que siendo Estambul la capital del Imperio otomano, su caída supondría el fin de la Sublime Puerta.

Por lo tanto. Galdós no está refiriéndose a la pérdida de la Tracia Oriental y Estambul a manos de los griegos, sino a la realización de la denominada Gran Idea, concepto irrendentista que pretendía reunificar a todos los helenos en un solo estado, la Gran Grecia, con Constantinopla como capital.



MAP OF GREECE, INCLUDING EPIRUS—AT THE NORTHWEST CORNER. THE BLACK AREA INDICATES THE TERRITORY CLAIMED BY M. VENIZELOS AT PARIS, AND THE SHADED AREA THE REGION WHERE THE GREEK AND FRENCH CLAIMS CONFLICT

Ilustración 1 Mapa de la Gran Grecia propuesto por Eleftherios Venizelos en la Conferencia de Paz de París de 1919.

La emoción que Galdós muestra ante la implementación de dicha utopía¹⁰, es tal que considera que la Gran Grecia bien vale la guerra que se estaba librando.

Sin embargo cualquier persona que haya leído a Galdós sabe que no era ningún islamófobo, más bien todo lo contrario, ya que su visión de los musulmanes lo coloca en esa larga tradición arabófila que entrevera la literatura española moderna desde el siglo XVIII con José Cadalso y llega a la actualidad con Antonio Gala o Juan Goytisolo, pasando por autores como Ramón J. Sender y Arturo Barea.

Por ejemplo, diez años antes, en *Aita Tettauén*, Galdós se había manifestado en contra de la Guerra de África o Primera Guerra de Marruecos que enfrentó a los ejércitos de España y Marruecos entre 1859 y 1860 finalizando con la ocupación española de la ciudad de Tetuán, por considerarla una suerte de guerra civil por encima de las diferencias religiosas existentes entre ambos países.

Entonces, debemos preguntarnos, ¿por qué Galdós se mostraba tan partidario de la reconquista de Constantinopla?

En primer lugar, la ocupación española de Tetuán fue una conquista mientras que para él, como para la mayoría de sus contemporáneos, la toma de Estambul equivalía a la reconquista de Constantinopla, pues la capital otomana no sólo era considerada una ciudad irredenta, como lo indica el uso preferente de su nombre original, sino que ni siquiera era una ciudad predominantemente musulmana (Mansel, 471) a pesar de estar sometida a un sultán, lo cual explica su deseo de verla liberada del yugo otomano.

Pero a pesar de todo lo anterior, debo señalar que Galdós no sólo se manifiesta a favor de la reconquista de Estambul sino de la eliminación del islam en toda Europa y la restauración de la Gran Grecia, que como hemos visto no sólo incluía la Turquía europea sino la costa occidental de su contrapartida asiática. Dicho esto ¿Qué ocurrió entre 1905 y 1915 para que Galdós cambiase radicalmente de opinión sustituyendo esa islamofilia que plasma en *Aita Tettauén* por la islamofobia que exhibe en los dos artículos anteriores?

¿Cosas de su profunda admiración por el manco de Lepanto, apodado así por su lucha contra los otomanos en dicha batalla, que evitó la eventual conquista musulmana de las penínsulas itálica e ibérica?

Sí y no, porque islamofilia y filohelenismo no están reñidos, como demuestran multitud de ejemplos. Verbigracia, Lord Byron murió cuando se disponía a luchar por la libertad de Grecia a pesar de haber sido un gran amante de los turcos —en el sentido más amplio del término—

¹⁰ Naturalmente era una utopía para los griegos, no para los turcos.

o el escritor y diplomático escocés David Urquhart, se convirtió en turcófilo después haber sido herido por ellos durante la Guerra de Independencia Griega¹¹.

Pero otra prueba de que el filohelenismo galdosiano no está reñido con su islamofilia la encontramos en *La razón de la sinrazón*, ya que la fundación de la Gran Grecia no era otra guerra colonial más al estilo de la Guerra de África, sino que suponía la realización de un concepto filosófico que juega un papel fundamental en dicha obra, la apocatástasis (García Saleh, *La razón de la sinrazón*), el retorno de todo a su origen.

Por eso Galdós señala que Constantino I, aquel rey griego cuyo sueño fue recuperar Constantinopla, era homónimo de su fundador, al cual llama «hijo de santa Helena» para subrayar el papel que jugó en favor de la fe cristiana.

Como siempre, Galdós no hablaba por hablar, porque mientras dictaba *La razón de la sinrazón* Constantino I gozaba de una inmensa popularidad entre sus súbditos¹², no sólo por sus éxitos militares durante la Primera Guerra de los Balcanes¹³ y por ser el primer rey de su dinastía nacido en Grecia y educado en la iglesia ortodoxa, sino asimismo por un hecho profundamente simbólico, ser tocayo de dos figuras tan emblemáticas como el fundador de Constantinopla y su último emperador, auténticos alfa y omega de la historia de Bizancio.

Con semejante onomástica, reunía todos los signos para ser el monarca elegido por el destino para dicha empresa, la apocatástasis o restauración universal en la que se pondría fin a la subversión mundial haciendo que Estambul volviera a ser Constantinopla y que los musulmanes regresasen «hacia sus primitivos solares africanos y asiáticos», que es lo que Atenaida logra en *La razón de la sinrazón* al expulsar al demonio Arimán de Farsalia-Nova devolviéndolo al infierno. Teniendo en cuenta que Arimán es un demonio persa y Farsalia una ciudad europea de nombre griego, al regresar al infierno, Arimán termina como Galdós deseaba que acabasen los otomanos.

Podría parecer una interpretación muy personal, pero la reflexión con la que finaliza el anterior artículo demuestra su estrecha relación con *La razón de la sinrazón*:

¹¹ A diferencia de lo ocurrido en el Reino Unido o Francia, en la España fernandina dicho conflicto levantó cierto interés, pero poca solidaridad, como Galdós deja bien claro en los Episodios nacionales, en los que preocupa a personajes tan poco encumbrados como don Benigno Cordero y Francisco de Bringas, epítomes galdosianos de la burguesía moderada con ribetes revolucionarios, que siendo un comerciante y un burócrata respectivamente no veían en ese estado más que posibilidades de lucro —«el negocio de la nueva Grecia»— (*Los apostólicos* 34), y por ello, en cuanto surgieron problemas en los domésticos se olvidaron de él: «Por mucho tiempo los temas de política extranjera cedieron en la tertulia ante el grave tema de nuestros negocios. Ya no se habló más de la revolución de Julio en Francia, asunto socorridísimo que dio para todo el verano y otoño, ni del nuevo reinillo de Grecia.» (*Los apostólicos* 52). Esta falta de idealismo ante el destino de aquella nación contrasta con el que Galdós demuestra en los artículos analizados.

¹² Que perdió al año siguiente con el denominado Cisma Nacional.

¹³ En la que el Imperio otomano perdió todos sus territorios europeos excepto la Tracia oriental.

En esta catástrofe de grandeza mundial, bien examinados los elementos que intervienen en ella, no hay cosa peor que entregarse a la desesperación y al pesimismo. O hay Providencia o no hay Providencia. O una suprema Razón gobierna al mundo, o el mundo está entregado a las potencias de la Sinrazón. Locos están los que en este caso no se abracen a la santidad de Optimismo. La Fe ciega y persuasiva me anuncia la resurrección de Bélgica y el triunfo de la Razón y la Justicia. (60)

Galdós afirma que si el destino no existe y el mundo se rige por el azar, entonces es irracional, por lo que no debe esperarse que triunfe el bien, pero él espera que no sea así y que la razón divina gobierne el mundo.

Bien es sabido que en la mitología clásica, la personificación de esa «suprema razón» que gobierna el mundo es precisamente la diosa Atenea. En el artículo, los mitos grecorromanos, tan caros a Galdós, van más allá de su oportuna referencia al rapto de Europa unas líneas antes, como alegoría de la ocupación otomana, porque unas líneas más abajo encontramos este párrafo:

El contacto con esta ideal región me mueve a sacudir de mi mente las inquietudes de la pavorosa actualidad, y a lanzarme a los espacios mitológicos buscando los caminos de la *Ilíada* donde encontramos entre los mortales, diosas tan lindas como Venus y Diana, y guerreros cuya grandeza supera a los modernos Federicos y Napoleones. En los propios caminos seguiremos los derroteros de Jasón, Teseo y Argonautas, huyendo de los sortilegios de Medea y Circe, presenciando el fin trágico de Agamenón, trabando amistad con Ulises hasta dejarle en el reposo de su casa de Ítaca y en los brazos de la ingeniosa tejedora Penélope. Estas tragedias de la antigüedad nos embelesan más que las que vemos a nuestro lado. La cólera de Aquiles es más divertida que las arrogancias del káiser, y las voces tremeundas de los antiguos Oráculos entretienen más que los bulos de las agencias berlinesas... (58)

Ulises, Teseo, Jasón y los argonautas son sólo algunos de los héroes que Atenea protegió salvaguardándolos en esos «derroteros» que Galdós invita a seguir. Pero la imaginación galdosiana, su capacidad de combinar mitología y literatura con los acontecimientos más luctuosos, nos depara otra sorpresa:

Dejemos a Homero y Esquilo en su serena inmortalidad, dejemos a los furiosos Atridas y volvamos a Guillermo II, autor evidente del gran cisco en que estamos metidos. Pero ¡ay! que junto al káiser vemos a Goethe y Schiller, y la admiración que nos inspiran los dos grandes poetas alemanes nos sobrecoge, y si el respeto nos hace enmudecer por el pronto, luego nos inspira el atrevido pensamiento de proponer al mundo un congreso de poetas o magnos escritores que unifiquen las encontradas opiniones que nos dividen en el modo de apreciar la presente guerra y la futura paz.

Ea: Ya está convocado el ideal congreso. Vengan por Rusia Turguéniev y Tolstoi; por Alemania los que ya están: Goethe y Schiller: mándenos Italia su Dante y su Tasso; tráiganos Francia su Moliere Víctor Hugo; Inglaterra Shakespeare y Milton. La presidencia efectiva de esta asamblea pertenece al gran dramaturgo Guillermo Shakespeare y la honoraria a los griegos Homero y Esquilo, que, situados en los más altos cielos del arte, darán solemnidad al congreso con su sublime presencia silenciosa... Y ahora hablen los poetas y cesen en el Senado que los escucha las gárrulas disputas entre germanófilos y aliadófilos, que embrollan el problema, atajan el paso de la Razón y retrasan el triunfo indudable del Derecho y la Justicia. Perdónenme mis lectores esta broma que les doy arrancando el Juicio de Dios del campo de las armas para llevarlo al campo de las letras. (58-59)

Eso es justamente lo que Galdós hizo unos meses antes en *La razón de la sinrazón*, trasladar ese Juicio de Dios del campo de las armas al de las letras, en el que el juicio divino corresponde no a un dios sino a una diosa, Atenea, porque la visión galdosiana de la Primera Guerra Mundial como catalizador de cambios sociales no sólo nos retrotrae a la literatura sino a la mitología, ya que Atenea es la diosa de la guerra, pero de la guerra justa, ya que sólo inicia aquellas, que a diferencia de las desencadenadas por su homólogo masculino, Ares, aportan ventajas a la sociedad, como mostraré a continuación.

ATENAIDA, ATENEA GUERRERA

En varias ocasiones Galdós relaciona los acontecimientos de la Gran Guerra con otros de la Antigüedad romana, como podemos comprobar en este artículo publicado en la revista ilustrada *La Esfera* el dieciséis de octubre de 1915:

En Occidente, donde la ingeniería militar ha introducido la diabólica invención de guerra de trincheras, sepultando los combatientes en socavones habitables y hasta cómodos, para que los seres humanos se maten a grandes distancias con terribles duelos de artillería, se han impuesto los aliados una virtud que ha resplandecido con igual fulgor en las edades místicas y en las edades heroicas: la Paciencia. Si en los anales de la santidad hallamos ejemplos mil de la eficacia de esta virtud, los anales de la guerra no son menos fecundos en sublimes casos de tenacidad y paciencia. Veinticinco años (se dice muy pronto) tardaron los romanos en rendir a Numancia. Cinco ejércitos mandados por otros tantos generales envió Roma sucesivamente contra los testarudos numantinos. Más grandiosa lección de paciencia por una y otra parte no se encontrará en la historia de ningún pueblo. Los romanos, que empezaron el cerco estableciendo tiendas de campaña, hubieron de establecerlo después con edificios de mampostería y parapetos o socavones como los que ahora se usan en el Norte de Francia y Bélgica. (*La guerra europea, pesadilla sin fin*, 61)¹⁴

Por otra parte, *La razón de la sinrazón*, dictada en aquella época, también contiene tantas referencias clásicas, que cualquier lector puede intuir que Galdós trazó un paralelismo entre su argumento y la Antigüedad (García Saleh, *La razón de la sinrazón*).

No en vano, casi todos sus personajes tienen nombres clásicos, procedentes de la onomástica griega —Atenaida, Alejandro, Porfirio, Pánfilo, Dióscoro, Hiperbolos, Helena, Protasia, Calixta, Teófila, Telesforo y Basilio—, de la demonología oriental —Arimán, Belcebú, Astarté— e incluso de la imaginación del autor —Curias, Cucúrbitas y Cylandros—, porque hasta los topónimos en los que transcurre la obra —Farsalia-Nova, Ursaria y Valtierra— son de origen grecorromano.

¹⁴ A finales de 1914, los alemanes cavaron las primeras trincheras en Flandes, a fin de conservar las zonas conquistadas, pero un año después, cuando Galdós escribía este artículo, ya cubrían toda Bélgica y el norte de Francia para posteriormente extenderse hasta la frontera suiza.

Atenaida es un nombre teofórico proveniente de Atenea, diosa con la que comparte muchos aspectos, pero en este análisis de la relación de *La razón de la sinrazón* con la Primera Guerra Mundial me centraré en el puramente bélico.

Que Arimán regrese al infierno precipitándose a través del cráter de un volcán recuerda a un episodio de la gigantomaquia en el que Atenea se enfrenta a Encélado, enterrándolo bajo otro volcán, el Etna.

De hecho, el principal papel de Atenaida en la obra no es otro que provocar la guerra entre su protegido Alejandro y el resto de los miembros del gobierno de Farsalia-Nova (622) donde «hierven el vicio y el libertinaje» (541) contra los que ella lucha.

Al presentar a Atenaida luchando contra los vicios de la clase política, Galdós se hace eco de un tema recurrente en la historia del arte, Atenea combatiendo los vicios. El ejemplo más famoso quizás sea el cuadro de Andrea Mantegna *El triunfo de la virtud*, también conocido como *Atenea expulsando los vicios del jardín de la virtud*.



Ilustración 2 *El triunfo de la virtud* (1497-1502) Andrea Mantegna, Museo del Louvre.

Este cuadro presenta a la diosa Atenea con casco, lanza y égida¹⁵, entrando en el jardín de la mente para expulsar a los vicios, mientras las tres virtudes cardinales —la Justicia, la Fortaleza y la Templanza— la observan desde el cielo.

La Atenaida de *La razón de la sinrazón* guarda ciertos parecidos con esta Atenea protagonista de *El triunfo de la virtud*, ya que la primera también cuenta con el apoyo de la justicia (607) debido a que en su reino la vida «está iluminada por la claridad purísima de la justicia» (620) protegiendo a Alejandro como hizo Atenea con multitud de héroes.

Durante el Neoclasicismo, diversos movimientos revolucionarios se apropiaron de esta alegoría aplicándola, como Galdós, al plano político, como en este aguafuerte que celebra el apogeo de esa facción revolucionaria francesa conocida como los montañeses.



Ilustración 3 *El triunfo de la Montaña* (1793) aguafuerte de Pierre Lélou.

La Libertad y la Igualdad avanzan sobre un carro cuyos caballos conduce Mercurio y al que abren paso Hércules y Atenea derrotando a los vicios de la nación francesa, entre los que se ve la misma hipocresía —simbolizada por las máscaras— a la que Atenaida también se enfrenta

¹⁵ En el centro de dicho escudo está la cabeza de Medusa, es decir la sinrazón derrotada.

en Farsalia-Nova para llevar a cabo, como los montañeses, otra «gran revolución» (641) a través de Alejandro, a quien considera su revolucionario (628).

Como es lógico, la figura de la diosa de la guerra también fue utilizada durante la Primera Guerra Mundial, como muestran estas acciones emitidas para financiar la flota griega, en la que la diosa aparece ante el famoso acorazado Georgios Averof¹⁶ y el velero Ares portando un retrato del ya citado Constantino I.



Ilustración 4 Certificado de acciones de 5 Dracmas, 1914, Museo del Louvre

Teniendo en cuenta que estas imágenes eran parte del imaginario cultural de la época, podría objetarse que en ningún modo establecen una línea directa con *La razón de la sinrazón*, pero no debemos olvidar que el novelista canario, además de pintor aficionado y crítico de arte, fue un profundo admirador de la obra de su homólogo del Quattrocento, autor de *El triunfo de la virtud*: «La vida, la expresión, el acento patético de los cuadros de Mantegna no han sido superados por ningún artista, y bajo estos conceptos será siempre el maestro de los maestros.» (Pérez Galdós, *Viajes* 1409). Tras esta cita tan encomiástica, la posibilidad de que Galdós pudiera haber contemplado dicho cuadro, para más señas, uno de los más célebres de su autor, cuya obra parecía conocer de manera exhaustiva¹⁷, se aproxima a la evidencia.

¹⁶ Es curioso que a pesar de no haber jugado un papel relevante durante la Primera Guerra Mundial, al finalizar el conflicto atracó en Estambul donde izó la bandera griega.

¹⁷ No en vano afirma que sus mejores frescos son los de la Iglesia de los Ermitaños de Padua (Pérez Galdós, *Viajes* 1410).

CONCLUSIÓN

Aunque Galdós se equivocase en sus predicciones acerca del Imperio otomano, al menos acertó en que la Primera Guerra Mundial marcó el inicio de la crisis de la Restauración que daría paso a la Segunda República tras el paréntesis de la dictadura de Primo de Rivera.

De sobra es sabido que al final de su trayectoria Galdós se interesó tanto por las heroínas de la mitología griega que se inspiró en ellas para escribir *Electra* (1902), *Casandra* (1905) y *Alceste* (1914). Pero ahora sabemos que a dicho trío habría que sumarle *La razón de la sinrazón*, aunque no le diese el lacónico título de Atenaida.

Asimismo, si bien es cierto que el teatro galdosiano está plagado de personajes femeninos trazados con gran energía, como *La loca de la casa*, *La de San Quintín*, *Doña Perfecta*, *Mariucha*, *Bárbara*, *Celia en los infiernos*, *Sor Simona*, *Santa Juana de Castilla* y etc..., ninguno de ellos llega a cuestionar el ordenamiento social, cultural o jurídico que condenaba a la mujer a una perpetua minoría personal y social (Lluís Sirera 480-481), mientras que Atenaida lleva a cabo toda una revolución al convertirse en ministra de Farsalia-Nova (607), algo que por aquella época estaba totalmente vedado a las mujeres, no sólo de España sino de casi todo el planeta¹⁸. Por lo tanto, por mucho que su mensaje libertario se asemeje a *Electra*, *Casandra* y *Alceste* (Lluís Sirera 496) Atenaida sigue siendo un personaje galdosiano atípico, ya que se trata de una mujer sobrehumana al estar inspirada en Atenea y más concretamente en su rol como patrona de las guerras justas.

Vemos que Galdós, que acababa de resucitar la Grecia antigua en su obra teatral *Alceste*, aguardaba con fe y esperanza la restauración de la Gran Grecia como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, conflicto al que otorgaba una naturaleza casi redentora, pero tras este análisis de *La razón de la sinrazón* sabemos que esperaba que la Gran Guerra no sólo supusiese la restauración de la Gran Grecia sino la restauración universal o apocatástasis, por lo que también esperaba el advenimiento de un nuevo estado no sólo en la cuna de la civilización occidental, sino al otro extremo del Mediterráneo, en su patria, pues confiaba que el fin de la guerra también conllevara el de la monarquía.

Para crear una literatura contemporánea sin tener que emplear géneros agotados o inspirarse en la francesa, Galdós partió del ideal de la literatura clásica y añadiéndole el injerto romántico realizó una producción que correspondía a la realidad española de la época (Ruiz Pérez 344-345). Esta definición encaja perfectamente con el análisis que he realizado cotejando tres

¹⁸ La primera mujer en ocupar un cargo ministerial en España fue Federica Montseny en 1936.

artículos periodísticos con *La razón de la sinrazón* al mostrar sus elementos comunes y con ellos, la fuerte relación que esta «fábula teatral absolutamente inverosímil» guarda con la geopolítica internacional demostrando que a pesar de su subtítulo también se trataba de una fábula política totalmente verosímil.

De este modo vemos que *La razón de la sinrazón* es como *Electra* y *Casandra*, una obra en la que lo político y lo mitológico se hallan tan imbricados que son inseparables, ya que todas guardan una fuerte relación con la realidad sociopolítica del momento por mucho que estén basadas en la mitología y la literatura clásicas (Hualde Pascual 155-156).

BIBLIOGRAFÍA

- GARCÍA SALEH, F. J., “La razón de la sinrazón, una visión oculta de la crisis de la Restauración”, *Actas del XI Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, pp. 276-296.
- HANIOĞLU, Ş., 2008. *A Brief History of the Late Ottoman Empire*, Princeton, Princeton University Press.
- HUALDE PASCUAL, P., “Casandra de Galdós e Ícara de Sellés. Mito griego y condición de la mujer en la España de comienzos del siglo XX”, en Rosa. M^a Cid, Marta González (edits.): *Mitos femeninos de la cultura clásica. Creaciones y recreaciones en la historia y la literatura*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2002, pp. 153-182.
- LLUÍS SIRERA, “Alcestis, Electra y Casandra: de personajes trágicos a heroínas burguesas”, *El perfil de les ombres*, Fco. De Martino & Carmen Morenilla (eds.), Bari, (Levante Editori), 2002, pp. 477-498.
- MANSEL, P., *Constantinopla. La ciudad deseada por el mundo*, Granada, Almed, 2006.
- PÉREZ GALDÓS, B., *Casandra. El caballero encantado. La razón de la sinrazón*, Ed. Yolanda Arencibia, Las Palmas, Cabildo de Gran Canaria, 2011.
- “Castigo providencial” en *Recuerdos y memorias. Benito Pérez Galdós por Federico Carlos Sainz de Robles*, Madrid, Tebas, pp. 86-87.
- “La guerra europea, pesadilla sin fin” en *Galdós y “La Esfera”*, Brian J. Dendle, Universidad de Murcia, 1990, pp. 54-60.
- “La guerra europea, pesadilla sin fin” en *Galdós y “La Esfera”*, Brian J. Dendle, Universidad de Murcia, 1990, pp. 60-65.
- *Los apostólicos*. Madrid, Historia 16, 1994.
- “Pesadilla sin fin” en *Galdós y “La Esfera”*, Brian J. Dendle, Universidad de Murcia, 1990, pp. 34-38.
- “Une lettre de Pérez Galdós”, en Hernández Suárez, Manuel, *Bibliografía de Galdós*, I, Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1972.
- *Viajes y fantasías*, En *Novelas y miscelánea*, Vol. 3, 1379-1429. Madrid, Aguilar, 1973.
- RUIZ PÉREZ, Á., “La visión viva del mundo clásico en Pérez Galdós y Clarín”, en *La historia de la literatura grecolatina en el siglo XIX español: espacio social y literario*, Francisco García Jurado (ed.), Málaga: Universidad de Málaga, 2005, pp. 339-358.
- SHOEMAKER, W. H. (ed.), *Crónica de la Quincena*. Princeton, Princeton University Press, 1948.
- SUÁREZ CORTINA, M., *La España liberal (1868-1917). Política y sociedad*. Madrid, Síntesis, 2006.